

# Salvador Cabañas

JOSÉ FERNÁNDEZ SANTILLÁN

Pocas veces un hecho de violencia ha cimbrado con tanta fuerza a la opinión pública como el intento de homicidio perpetrado en contra del futbolista Salvador Cabañas al despuntar el alba del pasado lunes 25 de enero en el Bar Bar. La noticia corrió como reguero de pólvora y ha ocupado la atención de los sectores sociales más diversos.

Esta nueva muestra de brutalidad ha calado hondo en la psique colectiva: se habla del asunto en todas partes, con los amigos, con la familia, en la oficina y, por supuesto, en los medios de comunicación.

De golpe y porrazo el infausto acontecimiento nos vino a recordar la inseguridad en la que vivimos; lo vulnerables que somos; nadie está seguro en ninguna parte; cualquier rufián puede sacar un arma para hacernos daño y escapar tranquilamente, incluso si la víctima es un personaje público como el centro delantero del América.

Los diversos núcleos sociales que giran en torno del fútbol, por encima de preferencias por sus respectivos equipos, se han unido en este momento de tristeza y dolor para demandar que se esclarezcan los hechos y se castigue a los culpables. Esa petición, sin exagerar, está respaldada por una enorme cantidad de personas si no es que por la sociedad mexicana en su conjunto. El agravio ha sido contra Salvador Cabañas, su familia, su club, el deporte y la gente civilizada. La condena ha sido unánime.

Nuestra preocupación es que, pasado el vendaval de críticas por las irregularidades con las que funcionan muchos antros, centros nocturnos y establecimientos comerciales en el Distrito Federal, hechos como este se repitan. Hay sobrados motivos de desconfianza: recordemos que las autoridades capitalinas prometieron revisar a fondo la manera en que funcionaban negocios como la discoteca Lobohombo cuyo incendio, el 20 de octubre de 2000, cobró la vida de 21 personas; esa misma prome-

sa se hizo después de la tragedia del *New's Divine*, lugar en el que perdieron la vida 12 personas el 20 de junio de 2008. Vino la alharaca y después todo siguió igual. Parece que son más fuertes la corrupción y la ineptitud de las autoridades delegacionales que la demanda ciudadana de contar con espacios públicos seguros. Salir a la calle se ha convertido en una aventura riesgosa. Ninguno tiene la certeza de regresar con bien a su casa.

Lo que igualmente indigna es la impunidad. Que al final todos se laven las manos y nadie sea responsable de nada. Espero que este no sea el caso y que se logre atrapar a José Jorge Balderas Garza (o Jorge Díaz Treviño como lo declaró *La Chiva*) y su guarura, presuntos autores del artero ataque del que fue objeto el jugador americanista.

En medio de la fatalidad es importante destacar algo positivo: el sentimiento de solidaridad a favor del deportista caído en desgracia. Este sentimiento no es sólo debido a sus incuestionables logros como futbolista, sino que Salvador Cabañas es poseedor de un carisma que, efectivamente, ha llegado a la psique de la gente. Recordemos que la palabra griega *psyché* se traduce al español como "alma". Es raro que un extranjero haya conquistado el alma del pueblo; pero así es. Se le quiere como a un ídolo nacional. Me recuerda la admiración y cariño que despertó en su tiempo Rafael *El Pelón* Osuna, muerto trágicamente en un avionazo el 4 de junio de 1969. Tenista mexicano que fue admirado como persona incluso fuera del ambiente del "deporte blanco".

Espero, sinceramente, que este no sea el destino de Salvador Cabañas y que se pueda recuperar de la agresión sufrida.

Académico del ITESM-CCM

Parece que son más fuertes la corrupción y la ineptitud de las autoridades delegacionales que la demanda ciudadana de contar con espacios públicos seguros.

